

CAPÍTULO IX

VENIDA DE SAN FRANCISCO DE BORJA Á ESPAÑA.—SU MUERTE

SUMARIO: 1. Manda el Papa á San Francisco de Borja venir á España en compañía del Cardenal Alejandrino, para realizar la alianza de todos los príncipes cristianos contra el turco.—2. Objeciones propuestas por Polanco. Óyelas benignamente San Pío V y resuelve el viaje de nuestro Padre.—3. Felipe II y Rui Gómez de Silva envían cartas honoríficas á San Francisco de Borja.—4. Viaje del santo por Francia, Barcelona y Valencia.—5. Es muy bien recibido por el Rey.—6. ¿Qué resultados dió en Madrid la legación del Cardenal Alejandrino?—7. El Cardenal y nuestro Padre pasan á Lisboa por el otoño de 1571. Resultados de sus esfuerzos en aquella corte.—8. Á principios del año 1572 dirígense ambos á Francia. Después de negociar inútilmente con la reina Catalina de Médicis, salen para Roma.—9. Enferma gravemente nuestro Padre y déjale el legado en Lyon para curarse.—10. Vicisitudes de la enfermedad del santo en su viaje.—11. Llega á Roma el 28 de Setiembre y muere dos días después. Sus virtudes y méritos.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Regestum Borgiae*.—2. Archivo secreto del Vaticano, *Nunziatura di Spagna*, t. II.—3. *Ibid. Varia Politicorum*, ts. 81 y 116.—4. *Ibid. Itinerarium legationis Card. Alexandrini*.—5. Archivo de Simancas, *Negociado de Estado*, leg. 153.—6. *Procesos para la beatificación de San Francisco de Borja*.

1. Acercábase el verano de 1571 y se habían reunido por segunda vez en Roma los procuradores enviados por las Congregaciones provinciales, como lo habían hecho tres años antes. Mientras el santo Borja se empleaba en dar solución á los negocios que traía consigo la Congregación de procuradores, le vino súbitamente una orden del Papa que le obligó á emprender un viaje inesperado.

Las grandes conquistas de los turcos habían atemorizado á toda la cristiandad, y el santo Pontífice Pío V, deseando contener el ímpetu de la media luna, había hecho alianza con Felipe II y con Venecia, para que, juntas las fuerzas de los tres Estados, quebrantasen el poderío del turco. Pero esto no bastaba para los vastos planes y grande ánimo del Papa. Quería formar una alianza universal de todos los príncipes cristianos, juntar las fuerzas de todos, y caer sobre el Imperio musulmán, para aniquilar, si pudiese, al enemigo más temible de Europa. Pensamiento magnífico que había bullido en la cabeza

de muchos Sumos Pontífices, pero que nunca pudo cumplirse del todo por los pecados y miserias de los príncipes europeos.

Ya que no se lograra realizar tan famosa idea, por lo menos cupo á San Pío V la gloria singularísima de dar en la batalla de Lepanto al poder de los turcos uno de esos golpes enérgicos que cambian la faz de las naciones. La ruina de los turcos empezó en Lepanto, y la gloria principal de aquella jornada se debe, sin duda, al santísimo Pontífice, que con su prudencia y valor ordenó la empresa y con sus oraciones obtuvo un éxito tan feliz.

Pero volvamos á nuestro asunto. Mientras se disponía la armada de los cristianos que había de pelear en Lepanto, dispuso el Papa, con el fin de redondear su pensamiento, enviar dos legados, uno al Emperador Maximiliano y al Rey de Polonia, Segismundo, y otro á los Reyes de España, Portugal y Francia. Quiso que ambos legados llevasen consigo algún hombre insigne de la Compañía que les ayudase en el despacho de los negocios. La legación del Norte se encomendó al cardenal Commendone, con quien se envió al P. Francisco de Toledo. Para la otra legación, que era la más importante, por dirigirse á la parte más sana de la cristiandad, se escogió al Cardenal Alejandrino, Miguel Bonelli, sobrino del Papa. Además del objeto principal de la liga contra el turco, debía el legado procurar componer con Felipe II los conflictos de jurisdicción entre la potestad eclesiástica y civil, que surgían á cada paso, así en España como en Milán y Nápoles, Estados sometidos entonces al Rey católico. Resolvió Su Santidad que á este legado acompañase nuestro santo General.

2. Llamóle á su presencia el 1.º de Junio de 1571. Expúsole toda su idea, la grandeza del negocio, la importancia excepcional de la empresa, y, por fin, le significó que, para dar fuerza á las negociaciones del legado, había creído necesario enviarle á él en su compañía, pues tenía tanta autoridad con los príncipes de España y Portugal. Respondió humildemente Borja que entonces, como siempre, estaba á las órdenes de Su Santidad. El P. Polanco, que se hallaba presente á la entrevista, juzgó que debía representar algunos inconvenientes que se ofrecían en el viaje del P. Francisco. Lo primero era el inevitable trastorno en el gobierno de la Compañía, mientras el P. General anduviese entretenido en viajes y otros negocios. Precisamente entonces estaban reunidos los PP. Procuradores, y sólo el P. General podía responder á sus dudas. En segundo lugar representó Polanco la falta de salud del ya anciano Borja. Probablemente sucumbiría con los trabajos de tan larga jornada. Oyó benignamente

el Pontífice estas razones y se hizo cargo de la dificultad, pero con todo, la importancia de la empresa le decidió á perseverar en su primera resolución (1). Para prevenir inconvenientes, que siempre se debían temer de la austeridad de Borja, mandó el Papa que hiciese el viaje en litera, y encargó á su sobrino que cuidase bien de la salud de nuestro santo.

Resuelta, pues, la partida, despachó Borja los negocios que pudo de la Congregación de procuradores, nombró seis Provinciales nuevos, y, finalmente, designó por Vicario general suyo, mientras durase su ausencia, al P. Jerónimo Nadal. Hecho esto, salió de Roma el 30 de Junio de 1571, llevándose consigo al inseparable P. Polanco, quien debía hacer á su lado lo que hizo al lado del P. Laínez, cuando éste asistió al concilio de Trento. Iba también en su compañía el P. Diego Mirón, Asistente de Portugal, á quien había encomendado Borja el visitar las provincias de Portugal y Aragón. Sentían mucho los Nuestrós el peligro á que se exponía su buen Padre, conjeturando que no podría sufrir los trabajos de tan largo camino; pero él los consolaba diciendo que quien había inspirado al Papa la voluntad de enviarle, le daría á él fuerzas para concluir felizmente la jornada. Así sucedió, en efecto, pues Francisco, al cabo de quince meses de viajes, pudo volver á Roma, aunque sólo para morir.

3. Hizo el camino por Francia, cuyo Rey tuvo la cortesía de enviar uná escolta para custodiar la persona del legado. Algo molestaron á nuestro Padre sus achaques ordinarios, pero todo lo llevaba con alegría por el gusto de obedecer al Papa. Á fines de Agosto entraban el legado y Borja en Cataluña. Felipe II, á quien nuestro santo había notificado su venida á España, envió á D. Fernando de Borja, uno de los hijos del mismo, para dar la bienvenida al legado (2). El enviado se encontró con la comitiva del Cardenal en Roca, villa cercana á Barcelona, y después de cumplir con el legado fué á verse con su padre, quien le estrechó en sus brazos derramando lágrimas de ternura. Presentóle su hijo una carta del Rey católico, que decía así: «Reverendo y devoto Padre: Enviando á D. Fernando de Borja á visitar al Cardenal Alejandrino, he querido escribiros con él, y avisaros del recibo de vuestra carta del 2 de Junio y agradeceros mu-

(1) *Regest. Borgiae, Hisp.*, 1570-1573, f. 85. Común á los Provinciales. 4 de Junio de 1571.

(2) Arch. sec. del Vaticano, *Nunziatura di Spagna*, t. v, f. 77. Carta del Nuncio al Cardenal Rusticucci. Madrid, 23 de Agosto de 1571.

cho el cuidado y voluntad con que habéis hecho proveer de los doce religiosos de vuestra Compañía para la Nueva España, y deciros que he holgado grandemente de entender vuestra venida, y holgaré, asimismo, dé veros, como os lo dirá D. Fernando, á quien he mandado que os visite de mi parte y me avise de vuestra salud.—De San Lorenzo, 25 de Agosto de 1571» (1).

4. Escribieron también al santo los primeros hombres del Gobierno, y entre ellos el Príncipe de Éboli, Rui Gómez de Silva, y el Cardenal Gaspar de Espinosa, Obispo de Sigüenza, Inquisidor general y entonces Presidente del Consejo de Castilla. Entró Borja en Barcelona aclamado con increíble entusiasmo por los que recordaban las glorias de su antiguo virreinato y admiraban ahora su porte humilde y penitente. Un día no más se detuvo en la capital del Principado, y en tan breve tiempo compuso una tenaz contienda que había entre los cabildos de Cataluña y los oficiales del fisco, sobre la percepción del tributo llamado *la cuarta*. El Obispo de Mallorca, á quien San Pío V había nombrado árbitro en el negocio, acudió á nuestro Padre, y con pocas palabras de éste se hizo una avenencia amistosa entre las partes litigantes.

De Barcelona se dirigió el legado á Valencia. Apenas habían pasado de Murviedro, cuando se encontraron con un lucido séquito de caballeros que salía á recibirlos. Eran el Duque de Gandía, D. Carlos, primogénito del santo; D. Alonso de Borja, otro hijo suyo, y el Marqués de Lombay, su nieto, con varias personas principales. Los dos hijos y el nieto se arrodillaron á los pies del santo, el cual los bendijo y abrazó con amor. Llegando cerca de Valencia encontróse el legado con una gran comitiva que salía á su encuentro, y eran el Virrey, Conde de Benavente; el Arzobispo, B. Juan de Ribera, y los representantes de la ciudad y nobleza. Nuestro Padre, siempre atento á su humildad, deseando evitar los honrosos recibimientos, se había ido quedando atrás con diversos pretextos, aunque siempre iban á su lado sus hijos con toda su comitiva. Para desprenderse también de ellos les advirtió, que se adelantasen, para entrar en la ciudad acompañando al Cardenal. Repugnábanlo ellos, juzgándose harto excusados de prestar aquella deferencia; pero no hubo remedio, el santo se lo mandó terminantemente, y ellos le hubieron de obedecer.

Cuando Borja se vió libre de acompañantes, torció el camino, y,

(1) Arch. de Simancas, *Estado*, leg. 153. Véanse allí mismo otros escritos que llevaba D. Fernando de Borja.

dejando la puerta por donde iba á entrar el legado (1), se metió en la ciudad por la de San Vicente, más vecina á nuestro colegio, y, sin que lo notase casi nadie, entró en casa. Buscaba la gente, entre el séquito del Cardenal, al antiguo Duque de Gandía, y cuando entró el legado en su alojamiento salían los caballeros por diversas partes, preguntando por el P. Francisco. Mejor discurrieron las señoras de la nobleza valenciana, que habían acudido á la iglesia de nuestro colegio, y allí consiguieron ver las primeras al Duque santo (2). Efectivamente, llegado éste á casa, fué, ante todo, á visitar á Jesús Sacramentado, y aunque apenas podía tenerse en pie por la gota, sin embargo, sostenido por dos Padres, cumplió con aquella devoción.

De la iglesia le hubieron de llevar á la cama. Allí fué visitado del Virrey, del Arzobispo y de la primera nobleza. Fué, sobre todo, tierna la entrevista que tuvo con el B. Juan de Ribera, quien se puso de rodillas dos veces delante de la cama, y hubiera besado la mano al santo, si éste no hubiera resistido. Aliviado algún tanto de sus dolores, pudo predicar en la catedral el próximo domingo, en la misa solemne que se dijo en presencia del legado (3). Después de consolar á los Nuestros durante tres días en el colegio de Valencia, partió nuestro Padre con el legado para Madrid. Separóse un poco de la comitiva en el camino, é hizo una corta visita al noviciado de Villarejo de Fuentes.

5. Cuando se acercaban á la corte salió hasta Guadalajara el Cardenal Espinosa. Finalmente, el mismo Rey salió en persona (4) á las

(1) Así lo testifica Juan Méndez, que salió á ver el acompañamiento y reparó en cómo se apartó el santo con un compañero y se dirigió por otro camino hacia el colegio de San Pablo. (*Process. remiss. Val.*, f. 670.)

(2) Lo testifica el H. Francisco Hernández, que, cuando fué á la iglesia, encontró la entrada llena de gente, y vió al santo entrar sostenido por dos Padres y orar breve rato. (*Ibid.*, f. 124.)

(3) Así lo testifica Marco Antonio Bernich, que oyó el sermón. (*Process. remiss. Val.*, f. 122 v.º) Véase el *Itinerarium legationis Card. Alexandrini*. Día 16 de Setiembre.

(4) El capitán Martín de Contreras y Peñalosa, que presencié este recibimiento, dice: «Este testigo conoció y vió al dicho siervo de Dios cuando vino con el señor cardenal Alejandrino, y le vió entrar en la corte, y que Su Majestad el rey D. Felipe II, cuando salió á recibir al dicho Sr. Cardenal, después de haberle abrazado, abrazó al dicho P. Francisco.» (*Process. remiss. de Madrid.*, f. 52.) El mismo testigo, pocas líneas más abajo, dice que le oyó predicar «al dicho siervo de Dios P. Francisco de Borja, algunas veces en esta villa de Madrid, siempre muy católica doctrina, y tan fervorosa, que parecía truenos del cielo contra el pecado, y que, predicando al Rey y á los Grandes un sermón, fué tan eficaz la reprensión, que

afueras de Madrid, y, después de encontrarse con el legado, entró toda la comitiva solemnemente en la capital el 30 de Setiembre, caminando el Rey entre los dos Cardenales, Alejandrino y Espinosa (1). Cumplida la ceremonia del recibimiento, avisó Felipe II á nuestro Padre que pasase cuanto antes á palacio. Fué allá Borja, y cuando el Rey le vió entrar en el salón, se levantó de la silla, salió á su encuentro y le echó los brazos al cuello. Parece que Dios quería recompensar con estos honores, á los ojos del mundo, los desaires y calumnias que diez años antes habían arrojado al santo fuera de España. El P. Araoz escribió á Roma los buenos efectos que se habían seguido para la Compañía de la venida á España de nuestro Padre. No he visto esta carta de Araoz, pero se infiere su contenido por la respuesta que á ella da el P. Vicario, Jerónimo Nadal.

«Realmente, Padre, dice, ha sido *manus dexteræ Excelsi* esta misión de nuestro P. General, el modo de elegirle y significárselo Su Santidad, extraordinaria como creo habrá entendido V. R. la perfección de obediencia con que nuestro Padre aceptó esta misión, la alegría en considerar los trabajos que había de pasar con sus indisposiciones y su poca sanidad para tanto camino y negocio. Mas á todo esto exceden los puntos que V. R. toca, de los buenos efectos que Dios nuestro Señor ha dado á los negocios con la intervención de nuestro Padre, y el haberse renovado con Su Paternidad y con la Compañía la benevolencia de Su Majestad y de todos esos señores, todo lo cual espero será para mayor gloria del Señor, aumento del divino servicio y ayuda de muchas almas» (2).

6. ¿Qué resultados obtuvo la legación del Cardenal Alejandrino y el apoyo de nuestro Padre? Cienfuegos, en su costumbre de encomiar todo cuanto se refiere á San Francisco de Borja, quiere hacernos creer que todo salió á las mil maravillas, y que Felipe II, no sólo concedió nueva armada contra los turcos, sino que acogió todas las propuestas de San Pío V y compuso amistosamente todos los conflictos que entonces dividían á las autoridades eclesiástica y civil (3).

tres Grandes salieron de la corte para recogerse y reformar sus vidas y costumbres, los cuales fueron el Duque de Nájera, y Almirante de Castilla, y Condestable de Castilla». (*Ibid.*, f. 52 v.º)

(1) Véase el citado *Itinerarium*, día 30 de Setiembre.

(2) *Regest. Borgiæ. Hisp.*, 1567-1569, f. 93. P. Nadal al P. Araoz. Roma, 7 de Noviembre de 1571.

(3) Cienfuegos, *Vida de San Francisco de Borja*, l. v, c. 14, párr. 2.

Otra impresión se siente cuando se lee la correspondencia del mismo legado y del Nuncio que entonces estaba en Madrid. En realidad, se consiguió muy poco. El primer negocio que trató el legado fué, naturalmente, el de la liga contra el turco. En este particular mostró Felipe II buenas disposiciones. El 8 de Octubre respondió que cumpliría religiosamente cuanto había prometido en las capitulaciones del año anterior, que daría orden á D. Juan de Austria para prevenir lo necesario con el fin de continuar la campaña el año siguiente, y que exhortaría al Emperador y al Rey de Francia á tomar parte en la empresa (1).

Tres días después, el 11 de Octubre, presentaba el legado al Rey un largo memorial sobre el delicado negocio de los conflictos jurisdiccionales entre las potestades eclesiástica y civil, conflictos que se hacían sentir principalmente en los Estados de Sicilia, Nápoles y Milán (2). Pedíase al Rey que remediase los excesos que cometían las autoridades civiles, ingiriéndose demasiado en asuntos eclesiásticos. Los puntos en que insistía principalmente el legado eran: el abuso del *exequatur* regio, el citar clérigos á los tribunales seculares, el impedir las apelaciones al Papa, el extender tan desmedidamente las atribuciones del poder Real, que en Sicilia el Presidente del Tribunal Supremo era una especie de Papa en la isla. Á este memorial dió Felipe II, el 9 de Noviembre, una respuesta breve y seca, como hombre que no quería resolver el negocio, sino sacudirlo de sí. Venía á decir que sobre ciertos puntos se pedirían informaciones á Nápoles; sobre otros ya se había respondido lo bastante en otras ocasiones, y, por último, que Su Majestad enviaría un agente especial á Roma, para tratar con el Sumo Pontífice las dudas que estaban pendientes (3).

Desconsolado quedó Alejandrino con tal respuesta, pero aunque de palabra y por escrito dió varios pasos por ver si conseguía alguna ventaja, sin embargo, como observó lo poco accesible que se mostraba Felipe II en esta parte, desistió de pasar adelante en su empeño. Cuánto y cómo le sirvió en estos negocios nuestro P. General no lo he podido descubrir. Sólo sé que escribió una instrucción ó proyecto de concordia entre ambas potestades, proyecto que llevó

(1) Véase la respuesta del Rey en el Arch. sec. del Vaticano, *Nunziatura di Spagna*, t. II, f. 152.

(2) *Ibid.*, f. 122.

(3) *Ibid.*, f. 127.

á Roma siete años después el Marqués de Alcañices, cuando fué enviado por Felipe II para arreglar este negocio con Gregorio XIII (1).

Mientras se ocupaba el santo en los negocios públicos de la legación, entreteníase también en los domésticos de la Compañía. Los cuatro Provinciales de España le fueron á ver en Madrid. Desde allí designó tres visitadores para las tres provincias que no le tenían, y fueron, el P. Francisco Vázquez, para Andalucía; el P. Baltasar Álvarez, para Castilla, y el P. Juan Manuel de León, para Toledo (2). También hizo el santo una pequeña salida de Madrid á visitar su querido colegio de Alcalá. En todas partes procuraba animar á los Nuestros á la perfección religiosa y consolarlos en sus padecimientos. Inútil es advertir que, mientras estuvo en la corte, todo el mundo le quería ver, todos le honraban extraordinariamente, y muchos hubieran deseado valerse de él para sus medros y negocios temporales; pero el santo varón sabía sacudirse de estas impertinencias, y, en medio de tanto trabajo, no le faltaba tiempo para retirarse á solas con Dios y tener buenos ratos de oración (3).

7. Por el otoño de 1571, el Cardenal Alejandrino se dirigió con nuestro Padre á Lisboa. Lo mismo en Portugal que en España, fué San Francisco de Borja objeto de la mayor veneración. Estaba entonces en Lisboa por embajador de Felipe II D. Juan de Borja, aquel hijo de nuestro santo que le acompañó en su primer viaje á Roma por los años de 1550. Este buen hijo fué en Lisboa el principal instrumento del santo para todos los negocios que allí se ofrecían.

(1) Nos da esta noticia el Nuncio Segá en carta de 9 de Abril de 1578 (*Ibid.*, t. XI, f. 215). Después de anunciar al Cardenal de Como la instrucción de San Francisco de Borja, que lleva el Marqués, dice así: «*Quale sia il tenore di essa instruzione io non l'ho potuto penetrare: non mi posso però persuadere, che sia se non buono venendo da così santo huomo.*» Hasta ahora no he podido descubrir el texto de la tal instrucción. Cuál de las dos partes tuviera razón en estos conflictos no es posible determinar todavía, pues el negocio es muy complicado, y nadie, que sepamos, lo ha estudiado detenidamente hasta ahora. Ligeramente trazó las principales líneas de este estudio el Sr. D. Ricardo Hinojosa en su apreciable obra *Los despachos de la diplomacia pontificia en España*, p. 198 y sigs.; pero eso es bien poco para tan grave asunto.

(2) No se ejecutaron estas visitas, sin duda porque, muerto el P. General el año siguiente, se suspendió el negocio.

(3) En esta ocasión conocieron al santo muchos de los testigos llamados cuarenta años después para testificar en los procesos de beatificación de Borja. Leyendo esos testimonios se siente la profunda veneración que excitó generalmente en la corte la presencia de San Francisco de Borja. Sobre esto debe consultarse principalmente el proceso remisorial hecho en Madrid el año 1617.